

LA VENGANZA DE LA GÉPIDA ROSAMUNDA*

Clelia Martínez Maza
Universidad de Málaga. Andalucía Tech

En las primeras noticias sobre nuestra historia, no aparece nuestra protagonista. En momento muy próximos al asesinato, Mario de Avenches, obispo en tiempos de la conquista de Italia a manos lombardas (573/592-3) recoge brevemente la muerte del rey lombardo Alboíno, asesinado en Verona en el año 572, en una conspiración liderada por Helmequis en connivencia con la reina

Hoc anno, Albuenus rex Langorbardorum a suis, id est, Hilmaegis cum reliquis consentiente uxore sua Verona interfectus est. Et supra scriptus Hilmegis cum antedicta uxore ipsius, quam sibi in matrimonium sociaverat, et omnem thesaurum, tam quod de Pannonia exhibuerat quam quod de Italia congregaverat, cum partem exercitus, Ravennae rei publicae se tradidit.

Tras el regicidio, Helmequis y la reina contraen matrimonio, toman el tesoro real que los lombardos habían trasladado en su migración hasta Italia desde Panonia y huyen a Rávena, territorio entonces del imperio bizantino. En esta primera noticia el móvil, los medios y la oportunidad del crimen no aparecen ni siquiera mencionados como tampoco el nombre de la reina consorte. El único personaje identificado por primera y única vez en el s. VI aparte del rey lombardo Alboíno es Helmequis que se mantendrá como una de las piezas clave de la historia y coautor del magnicidio en los siglos posteriores.

Un relato muy similar transmite Juan de Biclario que señala de manera sucinta que Alboíno fue asesinado de noche:

Aluinus Longobardorum rex factione coniugis suae a suis nocte interficitur; thesauri vero eius cum ipsa regina in rei publicae Romanae dicionem obveniunt et Longobardi sine rege et thesauro remansere.

Los conjurados se llevan el tesoro real con ellos dejando a los lombardos sin rey y sin tesoro pero la reina todavía no aparece como adúltera y al igual que sus aliados sigue sin estar identificada.

Gregorio de Tours, nuestro tercer autor del período, recoge unas noticias más abundantes pero distintas a las conservadas en la tradición contemporánea y posterior: Alboíno rey de los lombardos tenía en tierras panonias como esposa a Clodosvinta, hija del rey merovingio Clotario. Años después, y ya instalados los lombardos en Italia, (Greg. Tur IV, 3) muere su esposa y vuelve a contraer matrimonio con una mujer, de la que no indica su condición social, cuyo padre había asesinado recientemente, lo cual, según el obispo, explicaba el profundo odio que albergaba hacia su marido el rey. La nueva consorte, mantiene una relación amorosa con uno de los hombres de confianza de su esposo, lo envenena y huye junto a su amante (aunque no menciona que fuera Helmequis), pero son capturados y se les da muerte.

* Este trabajo se integra en el proyecto de investigación HAR2011-28461 financiado por el Ministerio de Economía y Competitividad.

Gregorio de Tours *HF* IV, 41: *Alboenus vero Langobardorum rex, qui Chlothosindam, regis Chlothari filiam, habebat, relecta regione sua, Italiam cum omni illa Langobardorum gente petiit. Nam, commoto exercitu, cum uxoribus et liberis abierunt, illuc commanere deliberantes. Quam regionem ingressi, maxime per annos septem pervagantes, spoliatis ecclesiis, sacerdotibus interfectis, in suam redigunt potestatem. Mortua autem Chlothosinda, uxore Alboeni, aliam duxit coniugem, cuius patrem ante paucum tempus interfecerat. Qua de causa mulier in odio semper virum habens, locum opperiebat, in quo possit iniurias patris ulcisci; unde factum est, ut unum ex famulis concupiscens, virum veninu medicaret.*

Gregorio es el primer autor que nos habla de las segundas nupcias del rey lombardo y si no fuera por su testimonio podríamos llegar a suponer que la reina que planeó el asesinato fue Clodosvinta. El envenenamiento pronto sería sustituido en la trama central como medio del crimen.

En las primeras décadas del s. VII el relato presenta una construcción narrativa mucho más dramática y también más extensa. El primer autor que identifica a la segunda esposa de Alboino es el continuador de Próspero (*Prosperi Continuatio Havnensis*)¹.

Qui cum Gebodorum regem Cunemundem, qui tunc apud Syrmium regnabat, cum quo tunc proelium ob praecedentium iurgiorum fomenta inierat, devicisset filiamque eius sibi in matrimonio copulasset, collectis suorum hostium copiis cum omni gente Longobardorum Italiam intravit.

Así, por primera vez, aparece Rosamunda, hija de Cunimondo, rey de los gépidos que había sido derrotado en el campo de batalla por Alboino. Obligada a contraer matrimonio con el rey lombardo (sus segundas nupcias). el trágico fin de su padre justificaría el odio enconado de la nueva esposa hacia su marido. Según el continuador de Próspero, el rey lombardo contrae matrimonio con Rosamunda antes de entrar en Italia (*filiamque eius sibi in matrimonio copulasset*). Tras gobernar dos años y diez meses en Italia, Rosamunda mata a su marido con la ayuda de Helmichis (*Elmigisulus*) con el que se rumoreaba que había mantenido una relación adúltera (*cum quo adulterari credebatur*). Este elemento a partir de ahora queda fijado como una constante en las distintas versiones del relato. A pesar de los intentos de Helmechis, los lombardos no lo aceptaron como monarca y junto a Rosamunda buscó refugio en Rávena donde huyó con el tesoro real y poco después se les dio muerte:

Sed postquam per duos annos et menses X Longobardis quiete post proelia Italiae insedentibus ius regale rite administraret, uxoris suae Rosemundae regis Conimundi filiae dolo apud Veronam interfectus est auxiliante sibi Elmigisilo, cum quo adulterari credebatur: quod postea manifestum est, dum eum sibi in loco mariti tam coniugio quam etiam regno copulare conata est. sed cum Langobardis nequaquam placere doli sui usurpationem sensit, cum regio thesauro et marito Ravennam aufugit. sed non longo inibi potiti praesidio vita caruere. (Auct. Havn. Extr. 5: Mommsen [cf. fn. 48] 337–338; Muhlberger [cf. fn. 48] 90).

El protagonismo de la reina Rosamunda es mayor si cabe en un texto anónimo *Origenes gentes langobardorum*, cuyo quinto capítulo se reserva en exclusiva a la historia y trágico fin del rey Alboino con los elementos ya recogidos por el continuador

¹ Escribió durante la tercera década del s. VII probablemente en Pavía; *Prosperi Continuatio Havnensis* Auct. Havn. Extr. 4 (Mommsen [cf. fn. 48] 337; Muhlberger [cf. fn. 48] 89–90).

de Próspero. Ahora aparece un nuevo personaje desconocido hasta ahora que también interviene en la conjura real: Peredeo que participa de los preparativos del magnicidio. Una vez consumado éste, Helmechis intenta su reconocimiento como rey, pero los lombardos querían su muerte y desde Rávena, un nuevo protagonista, el prefecto Longino, envía un barco para ofrecer refugio a Helmechis, Rosamunda y a la hija del primer matrimonio de Alboíno. Allí Longino engatusó a Rosamunda para que matara a Helmechis y se casara con él. La reina aceptó la propuesta y ofreció a su amante una bebida venenosa después del baño. Helmechis, tras notar que la bebida era letal, obligó a la reina a beber también y ambos murieron en Rávena. Longino entonces trasladó por mar el tesoro de los lombardos y a la hija de Alboíno hasta Constantinopla:

Eo tempore pugnavit Albuin cum rege Gippidorum nomine Cunimund, et mortuus est Cunimund in ipsa pugna, et debellati sunt Gippidis. Tulit Albuin uxore Rosemunda, filia Cunimundi, quae praedaverat, quia iam mortua fuerat uxor ipsius Flutsuinda, quae fuit filia Flothario regis Francorum; de qua habuit filia nomine Albsuinda...

Regnavit Albuin in Italia annos tres, et occisus est in Verona in palatio ab Hilmichis et Rosemunda uxore sua per consilium Peritheo. Voluit regnare Hilmichis, et non potuit, quia volebant eum Langobardi occidere. Tunc mandavit Rosemunda ad Longinum praefectum, ut eam reciperet Ravenna

Mox ut audivit Longinus, gavisus est, misit navem angarialem, et tulerunt Rosemunda et Hilmichis et Albsuindam, filia Albuin regis, et omnes thesauros Langobardorum secum duxerunt in Ravenna. Tunc ortare coepit Longinus praefectus Rosemunda, ut occideret Hilmichis et esset uxor Longini. Audito consilium ipsius, temperavit venenum, et post valneum dedit ei in caldo bibere. Cumque bibisset Hilmichis, intellexit, quod malignum bibisset; praecepit, ut ipsa Rosemunda biberet invita; et mortui sunt ambo. Tunc Longinus praefectus tulit thesauros Langobardorum, et Albsuinda, filia Albuin regis, iussit ponere in navem et transmisit eam Constantinopolim ad imperatorem. (Origines Gentes Langobardorum 5).

En los relatos del siglo VII podemos observar una historia más precisa que la recogida por los autores anteriores, algo en cierto modo sorprendente pues los más cercanos al suceso deberían ser, por proximidad cronológica, los que deberían haber dejado un reflejo más cuidado de lo acontecido. Pero esa nueva mirada no resulta extraña si analizamos la elaborada narración del s. VII como resultado de un proceso de recreación historiográfica que atiende a las necesidades políticas e ideológicas contemporáneas. En el siglo VII la elaboración del relato demuestra el esfuerzo de las elites lombardas por reforzar y exhibir sus señas de identidad frente a la tradición romana del territorio recién conquistado. La creación de una genealogía mítica formaba parte de ese proceso. Alboíno aparece así como el fundador de la dinastía.

En esa recuperación de Alboíno como figura mítica, el relato se adorna de elementos para hacer más rica su historia y así se le otorga un nombre y un origen gépido a su esposa. Hasta ese momento los autores del s. VI, pertenecientes a otros regna no mostraron interés alguno por los detalles del relato y es ahora cuando alcanza una riqueza escenográfica suficiente para otorgarle verosimilitud y al mismo tiempo carácter épico. Pero no debemos ver el relato del s. VII como una pura invención. Su composición fue trabada con sumo cuidado seleccionando conscientemente elementos existentes pero dispersos en las fuentes anteriores. Por ejemplo, la noticia de Gregorio sobre la muerte de los amantes, se une a la información de Mario y Juan sobre su viaje a Rávena y dan como resultado la muerte de los conjurados en esta ciudad imperial.

El relato original se completa con elementos y escenas que evocan referentes literarios cuya intención es otorgar una mayor fiabilidad y presencia a lo narrado. A modo de argumento de autoridad se presenta el asesinato del monarca a manos de su lujuriosa esposa dentro del repertorio del trágico fin de otros grandes personajes. La escena de un rey bárbaro, invencible en batalla pero muerto por su esposa es similar a la muerte de Atila.

En este contexto se sitúa el relato más extenso y prolijo en detalles sobre la venganza de la gépida Rosamunda escrito por Pablo el diácono en su *Historia gentis Langobardorum*. Su redacción se adorna ahora con una gran profusión de detalles muchos de ellos de marcado carácter literario y que están ausentes en las crónicas anteriores pero que sirven, como ya he mencionado, para forjar el carácter titánico del rey y consolidar su imagen mítica. Según Pablo fue de elevada estatura y de cuerpo enteramente hecho para sostener guerras. Además la descripción de las hazañas de Alboíno desde el abandono de la Panonia natal hasta tierras italianas, su celebrado valor en combate, su victorioso enfrentamiento contra el enemigo gépida que aparecen narrados en los capítulos anteriores, acentúan aún más su muerte, trágica y poco gloriosa, pero muy acorde a la tradición de los pueblos bárbaros contemporáneos cuyos héroes alcanzan el final de su gloriosa carrera por la traición de sus seres más cercanos y queridos. El mismo Pablo concluye la escena del crimen recordando la indigna muerte del rey: “un varón belicosísimo y de la mayor audacia no pudo nada contra su enemigo y se le mató como a un inútil cualquiera, muriendo por la maquinación de una sola mujerzuela quien fuera famosísimo en la guerra por las masacres de tantos enemigos”.

Para iniciar la trama Pablo, presenta a Alboíno como un esforzado guerrero que antes de dar muerte a su futuro suegro, había derrotado en combate a Turmido el hermano mayor de Cunimundo. Según Pablo, fue Rosamunda quien urdió el crimen junto a Helmechis, hermano de leche y escudero (*scilpor*) del rey. Como móvil, Pablo recuerda el profundo rencor que la reina albergaba hacia su esposo por la muerte de su padre, un rencor avivado, porque, con ocasión de un banquete en Verona, en plena borrachera, Alboíno ordenó que se ofreciera vino a Rosamunda en una copa hecha con el cráneo de su padre el rey Cunimundo.

La escena, es completamente nueva, pues hasta ahora bastaba la muerte del padre para justificar la sed de venganza de la hija, y sin duda es la más escabrosa del relato:

“Según Pablo, fue Rosamunda quien urdió el crimen: Rosamunda concibió en su corazón un profundo rencor y, sin poder reprimirlo, ardió de inmediato en deseos de asesinar a su marido para vengar la muerte de su padre, y de inmediato trazó un plan para matar al rey de acuerdo con Helmequis, que era *scilpor* del rey, esto es, su escudero, así como su hermano de leche.

Tras reinar en Italia tres años y seis meses, el rey murió por las intrigas de su esposa. Y la causa de su asesinato fue ésta: con ocasión de un banquete en Verona en el que se puso más alegre de lo debido, ordenó que se diera de beber vino a la reina en la copa que había hecho del cráneo del rey Cunimundo, su suegro, y la invitó a beber con alegría junto a su padre. Que a nadie le parezca esto imposible, pues por Cristo que digo la verdad: yo he visto al príncipe Ratquis sostener esta copa en la mano en un día de fiesta para mostrarla a sus invitados” (Paul. Diac.).

Consciente de lo increíble del suceso Pablo jura (*veritatem in Christo loquor*) haber visto el objeto cuando servía en la corte lombarda: “Que a nadie le parezca esto imposible, pues por Cristo que digo la verdad: yo he visto al príncipe Ratquis (744-749) sostener esta copa en la mano en un día de fiesta para mostrarla a sus invitados.

El macabro empleo de cráneos como copas aparece atestiguado en Orosio de donde quizás pudo haber tomado la idea y el mismo Pablo menciona esta costumbre en su descripción de la tribu que habitaba las montañas Ródope en los Balcanes (antigua Tracia, actual Bulgaria-Grecia). Se trata de una práctica que ofrece una imagen de barbarie ya esgrimida por Herodoto que empleó este elemento en su descripción de los escitas. Livio recuerda un uso similar para los galos Boyos (tribu celta de la Panonia) y Mela para los essedones, tribu a orillas del Tanais.

Pablo no presenta a los conspiradores como amantes aunque tras la muerte de Alboíno sí contraen matrimonio. La reina, de todos modos, comete adulterio al emplear su habilidad seductora para reclutar, por consejo de Helmechis, a un tercer compañero de conjura, Peredeo, personaje señalado como responsable en *Origines* y que ahora hace las veces de sicario y queda descrito como un hombre de fuerza descomunal:

“Más éste persuadió a la reina para que admitiese en dicho plan a Peredeo, un varón fortísimo; y como quiera que, pese a los intentos de la reina por convencerlo, Peredeo no quiso prestar su consentimiento a tamaño crimen, aquélla se introdujo de noche en el lecho de una camarera suya con quien aquel acostumbraba a acostarse y, llegado allí Peredeo que no era conocedor del asunto, yació con la reina. Una vez consumada la fechoría, Rosamunda le preguntó quién creía que era ella; y cuando él le dio el nombre de su amante, que era de quien pensaba que se trataba, la reina añadió: “en absoluto es como piensas, pues yo soy Rosamunda” –dijo- ; “la verdad es que acabas de cometer un acto tal, Peredeo, que o bien matas tú a Alboíno, o él mismo te dará muerte con su espada”. Aquel comprendió entonces la falta que había cometido y, cuando voluntariamente no había querido, forzado de semejante manera, dio su asentimiento a la muerte del rey”. (Pavl. Diac.)

El regicidio tuvo lugar no de noche como recogió Juan de Biclario sino un día tras la comida, cuando el rey dormía. Mientras la reina ordenaba silencio en palacio, retiraba todas las armas y ataba la espada del rey al cabecero de su lecho para que no pudiera cogerla o desenvainarla. “Más cruel que cualquier fiera”, sugirió llevar a la cámara real a Helmequis e hizo entrar al asesino siguiendo el plan trazado por Peredeo:

“Entonces Rosamunda, cuando Alboíno se había entregado al sueño a mediodía, ordenó que se guardase un gran silencio en palacio y, tras retirar todas las demás armas, ató fuertemente la espada de aquel al cabecero de su lecho para que no pudiera cogerla o desenvainarla y, más cruel que cualquier fiera, hizo entrar al asesino, a Helmequis, conforme al plan de Peredeo. Alboíno se despertó de pronto de su sueño y, comprendiendo el mal que se cernía, echó rápidamente mano de su espada; al no poder descolgarla de tan reciamente atada como estaba, agarró no obstante un escabel para los pies y se defendió con él durante un rato”.

Peredeo aparece ahora como un elemento discordante pues se describe como un hombre de fuerza descomunal, se detallan los esfuerzos de la reina por obligarlo a participar en la trama y llegado el momento no se le otorga ninguna función. Quizás como *cubicularius* (según algunas fuentes) su papel en la conspiración pudo ser simplemente el de traicionar al rey dejando entrar a su asesino. De todos modos, sigue siendo tan importante como para preservar su presencia en el relato.

Alboíno se despertó y al percatarse del peligro, echó rápidamente mano de su espada pero incapaz de desenvainarla, de lo fuertemente atada que estaba, se vio obligado a defenderse con lo que encontró a mano en la estancia, un escabel, que obviamente no sirvió como defensa.

La trágica muerte del rey se nutre además de paralelos atestiguados en la tradición clásica y cristiana. La defensa con un arma del todo inadecuada como un escabel, desconocida en los textos anteriores, pudo inspirarse en la *Getica* 43 de

Jordanes y sirve para mostrar el carácter aguerrido del monarca, capaz de ofrecer resistencia incluso privado de su espada. La muerte del rey Turismundo acontece de manera muy similar: cuando un hombre de su confianza, había dejado las armas fuera de su alcance y tuvo que defenderse, postrado en el lecho como estaba, haciendo uso de un escabel.

La escena con el cráneo y la muerte en el dormitorio muestra un gran parecido podía derivar directamente del libro de Judith en el que la heroína bebe por orden del anfitrión (12,17-20). Holofernes duerme la borrachera sólo en su tienda y Judith decapita a Holofernes con la espada suspendida en la barra de la cama (13. 4-10) y coge su cabeza como trofeo y confirmación de su muerte (13.11-19). También se ha sugerido una posible inspiración de la Eneida, cuando Elena de Troya, un vez muerto Paris y casada con Deífobo, (*Aen.* VI, vv. 509-546. y sobre todo líneas 523-524) retira todas las armas de la casa de su tercer esposo y en particular la fiel espada que solía atar al cabecero, dejándole sin ayuda cuando Menelao irrumpe en la habitación y le da muerte antes de llevarse a Elena de regreso a Esparta.

A pesar de que Alboíno había sido presentado de forma hostil al inicio del relato, como culpable de una gratuita crueldad hacia su inocente esposa, gracias a esa lucha feroz por su vida, el rey recupera la imagen de un honorable guerrero. En este punto, la narración debería haber llegado a su fin, una vez muerto el rey. Pero Rosamunda se convierte en protagonista por derecho propio y ahora comienza un nuevo relato centrado en ella y en Helmechis que culmina con su trágico fin en Rávena.

El desarrollo posterior de la historia es muy similar al conservado en *Origines Gentium* aunque Rosamunda centra ahora la atención del relato y se presenta con un radical cambio de actitud pues de hija amantísima que venga la muerte de su padre y su dignidad ultrajada pasa ahora a ser adúltera y envenenadora y, en su camino hacia la perdición, añade ahora sus planes de matrimonio con el prefecto de Italia.

Rosamunda se presenta ahora como una mujer malvada que, para satisfacer su ambición, no duda en rodearse de hombres débiles que puede manejar a su antojo. El terrible retrato de Pablo el diácono no es muy diferente al que ofrece para la mayor parte de las mujeres descritas en la historia de los lombardos. En efecto, el relato de Rosamunda no es el único en el que el diácono muestra su misoginia. A diferencia de los príncipes y reyes alabados por la búsqueda de la prosperidad de su pueblo, las mujeres de Pablo provocan el caos y la destrucción de la sociedad.

Todas ellas, además, reproducen total o parcialmente un mismo *modus operandi* y simbolizan la traición femenina. La princesa Rumetruda (Pavl. Diac. *HL* 1, 20) atraído con una invitación a un príncipe hérulo que acabó siendo asesinado en el trascurso del encuentro. Esta muerte comienza una guerra entre hérulos y longobardos y provoca el exterminio de los primeros. La señal secreta usada por Rumetruda para que los sicarios apuñalaran a su huésped en la espalda es la orden que da a los sirvientes para que mezclaran las bebidas. En este caso, bebidas, muerte y la colaboración de hombres débiles que la princesa maneja a su antojo aparecen unidas como en el caso de Rosamunda.

La lujuria de Romilda, esposa de Gisulf, duque de Friuli, provoca la ruina de su pueblo (Pavl. Diac. *HL* 4,37). Tras la muerte de su marido en combate durante la invasión de los avaros, los supervivientes, mujeres y niños, buscaron refugio en la fortaleza de Friuli. Pero desde sus muros, Romilda vio al joven y vigoroso rey de los avaros cabalgando con sus tropas y le embargó tal deseo que, de manera secreta, le ofreció la fortaleza, junto a su familia y su pueblo, si se convertía en su esposo. Una vez dentro, los avaros asesinaron a los refugiados y el rey, para mantener su palabra, duerme

una sola noche con Romilda. Más tarde la ofrece a doce de sus hombres para que la usaran como quisieran. Finalmente fue empalada.

Las princesas de Pablo también son retratadas con idénticos vicios: Rumetruda representa una arrogancia asesina, Romilda la lujuria y Rosamunda, venganza y ambición. Se trata de historias de gran misoginia: Pablo llama a Rumetruda la bestia más terrible (*crudelis femina*), Rosamunda más cruel que ninguna bestia (*omni bestia crudelior*), y dispuesta a todo crimen (*ad omnem nequitiam facilis*) y Romilda *meretrix nefaria* y diabólica traidora de su patria (*dira proditix patriae*).

La identificación con mujeres bíblicas resulta muy común en el estereotipo femenino que construye Pablo. En efecto, la Biblia constituye, sin ninguna duda, una inagotable fuente de mujeres malvadas: la tentación representada en Eva, la lujuria en Salomé o la seducción en Dalila y Jezabel. Esta última también sirvió como referente para simbolizar a aquellas mujeres que provocan la ruina del reino de su padre.

Como elemento novedoso, Pablo en su narración insiste en el descontento de la población lombarda que planea incluso matar a Helmequis tras su reclamación del trono. Asimismo, añade mayor tensión a la muerte de los conjurados cuando Helmequis, ya envenenado, obliga a Rosamunda a aceptar la copa mortal bajo la amenaza de su espada. También concede a Peredeo un espacio específico y, a pesar de ser una figura apenas mencionada en los pasajes anteriores, su final es objeto de un relato independiente. Según Pablo:

“Peredeo había acompañado hasta Rávena a Helmequis y Rosamunda y, una vez muertos, fue trasladado junto a Albuinda a Constantinopla donde Longino también envió el tesoro lombardo. En la capital imperial, Peredeo mató en presencia del emperador un león de asombroso tamaño. Y según cuentan, para que no maquinase ninguna mala acción en la ciudad real, pues era un hombre fuerte, se le sacaron los ojos por orden del emperador. Algún tiempo después se procuró dos cuchillos y, tras esconde uno en cada manga, se dirigió a palacio y prometió dar algunas informaciones útiles al augusto si se le dejaba llegar ante él. Éste envió a dos patricios íntimos suyos a que oyesen sus palabras; cuando llegaron junto a Peredeo, éste se les acercó como si fuera decirles algo muy confidencial y, con las dagas que tenía escondidas, hirió a los dos con ambas manos tan gravemente, que de inmediato cayeron a tierra y expiraron. Así, de forma en cierta medida parecida al fortísimo Sansón, vengó sus afrentas y, por la pérdida de sus dos ojos, mató a dos hombres utilísimos al emperador”.

Los relatos del siglo IX

Dos son las obras que recogen la historia de Rosamunda en una época posterior. En la *Historia Langobardorum* preservada en la biblioteca de Gotha, un texto probablemente escrito en Milán antes del 810, el único rey lombardo recogido con cierto detalle es Alboíno, una circunstancia en absoluto extraña pues ya desde el s. VII se cuida el retrato del monarca al que se considera el mítico fundador de la dinastía lombarda. La historia sólo introduce ligeras modificaciones entre las que cabe destacar el papel de Longino. No es él sino Rosamunda quien ya en Rávena decide matar a Helmechis y el autor establece una relación clara entre ella y Eva.

Pero sin ninguna duda, el relato más importante de este período es el realizado por Agnellus, recogido en el libro pontifical de Rávena. Resulta interesante destacar el contexto en el que se inscribe la historia pues permite comprender su nueva finalidad, bien alejada de preocupaciones legitimadoras de naturaleza política para asumir tintes moralistas. En resumen, el destinatario del relato que presenta Agnelo es bien diferente de aquel de un siglo atrás que buscaba referentes prestigiosos para la dinastía

inaugurada con Alboíno. La presencia lombarda ha quedado reducida a un mero recuerdo y los detalles de la saga lombarda han dejado de tener interés para el auditorio de Rávena. La historia de Alboíno sirve ahora en este nuevo contexto para mostrar el trágico fin de un hombre que se porta mal con su mujer.

La misoginia persiste de manera obvia en el relato y trae a la memoria el elenco femenino realizado anteriormente por el diácono, si bien la crítica se imputa a diferentes males. Y así, si para Pablo, Rumetruda, Rosamunda y Romilda son demonios dentro de su género y cada una de ellas encarna un vicio específico más dañino si cabe por su innata traición, el ataque de Agnelo sin embargo se dirige a su papel como esposas. En este contexto, no resulta sorprendente que Agnelo presente a Rosamunda como una esposa rabiosa e implacable que después de acabar con su marido, resuelve formar una nueva alianza, bajo sus condiciones y como la mitad fuerte de la pareja. La crítica de Agnelo resulta coherente con la misoginia medieval que ataca con dureza a las mujeres que no eran todo lo sumisas que cabía esperar.

En efecto, a partir del s. IX se multiplican las acusaciones de adulterio contra las reinas. Por ejemplo, Uta esposa de Arnolfo de Carintia, Emma esposa del rey Lotario, Judith segunda esposa de Luis el piadoso, Theutberga, la esposa estéril del rey Lotario II, acusada no sólo de adulterio sino de incesto antes de su matrimonio. El referente de este arquetipo sigue siendo la bíblica Jezabel, considerada ahora prostituta y bruja (Reyes II9-21), símbolo de la lujuria y la sinagoga por oposición a la reina Esther ensalzada por su virtuosa conducta y que representa la iglesia.

La profusión con la que se recoge el adulterio tiene una función esencialmente política sobre todo en la Francia merovingia donde se convierte en un arma para acabar con la facción dominante del entorno del rey. Con su comportamiento indecoroso la reina consorte rompía la concordia de la que el soberano era garante, y sólo podía probar su inocencia con una ordalía cuyo propósito no era sólo mostrar la voluntad de Dios a través de un milagro sino procurar al mismo tiempo el restablecimiento de la cohesión de la comunidad. Que la reina sea el centro de las críticas vendría a mostrar que la consorte desempeñaba ya un papel importante en el equilibrio del reino. Su importancia guarda relación con el papel político de la familia y de la clientela, en el marco de un gobierno real que se apoya en la fidelidad al rey de los que integran su consejo. Por este motivo, la lucha por el poder se desarrolla en el ámbito palatino más próximo al monarca y entre las facciones que buscan su control. No casualmente, los pretendidos cómplices del adulterio resultan ser siempre miembros influyentes del consejo real y el adulterio va unido además al intento de asesinato del monarca.

Con Agnelo, la importancia de Alboíno en la narrativa disminuye considerablemente. Aunque es indispensable en la trama, queda reducido al papel de primera víctima de la traición femenina representada en Rosamunda. Apenas se da importancia a su conquista de Italia y nada se recuerda de su carrera militar salvo en el momento en el que está a punto de morir desarmado y en la cama a manos de Helmequis a modo de paradoja de su muerte.

En la versión de Agnelo, Peredeo es, además, eliminado pues chocaba con la lógica de la historia. La escena de la muerte de los amantes otorga al relato un final coherente. De este modo, la historia adquiere una estructura circular pues comienza y termina con Rosamunda bebiendo de una copa. Helmequis hereda la acción adscrita hasta entonces a Peredeo y su papel también es reformulado. En el relato de Pablo, Helmequis nunca aparece como una víctima de Rosamunda puesto que entra en la conspiración sin vacilar, recomienda a la reina que se sirva de Peredeo como posible instrumento de sus designios, mata al rey y huye con Rosamunda y el tesoro. Es incluso capaz de asesinar a Rosamunda antes de morir en Rávena. En la nueva versión de

Agnelo, con Alboíno en un segundo plano y Peredeo eliminado, los personajes principales son la reina y Helmequis y si Rosamunda se mantiene como una mujer calculadora, Helmequis ahora aparece completamente transformado. Nada queda del eficiente conspirador y asesino, reducido ahora a una personificación de la cobardía, de la autocompasión y la bajeza. Helmequis “cuando se dio cuenta de que era la reina comenzó a llorar y a decir: ¡ay de mí! ¿Por qué traes este pecado sobre mí? ¿Por qué me has matado incluso sin una espada?”.

La historia se convierte en un relato de dominación psicológica, Rosamunda se deshace de su marido y crea una relación de pareja en la que el hombre débil e insignificante se convierte en su esclavo. Agnelo se muestra como un maestro de la narrativa dramática y así se percibe en la elaborada y grotesca descripción de la copa-cráneo de Cunimondo o de la espada de Alboíno que él describe de manera más vívida que Pablo, o el propio monarca, retratado a través de sus manos como símbolo de su poder. Crea una escenografía de poderoso atractivo como la actitud estoica de Rosamunda (que recuerda a Judith) tras el primer sorbo de la copa que le daría muerte. O cuando describe a Rosamunda tocando el pelo de su esposo, acariciándole la cabeza para hacerle dormir, y tocándole luego un par de veces para comprobar si estaba profundamente dormido.

El realismo se consigue además mediante la introducción de diálogos de gran verismo. Por ejemplo, aunque Rosamunda había dictado las palabras exactas que su doncella debía decir a su amante (disfrutaba de los abrazos rápidamente, porque tengo prisa y no me puedo quedar mucho más tiempo) las palabras de la doncella son un poco diferentes y reflejan su propio punto de vista (“porque estoy siendo constantemente reclamada, no puedo permanecer lejos de la mirada de la reina) . Agnelo dota a todos los protagonistas de una personalidad concreta. Rosamunda aparece como cauta (aunque no lo hagas, nadie debe saberlo) amenazante (antes de que nada se sepa, debes caer sobre él), cínica (te dije que te obligaría a hacer en contra de tus deseos lo que has rechazado hacer libremente”) muy segura de sí misma (recuerda la falta que has cometido. La gente me quiere más a mí que al rey) . Muestra un cierto coraje físico quizás sobre el modelo de Judith que decapitó a Holofernes con sus propias manos (Si tu me dices que eres físicamente débil e incapaz de matarle, alzaré mis manos contra él. Dime que no tienes coraje... entonces verás lo que el sexo débil es capaz de cometer) En cuanto a Helmechis, el rasgo más acusado de su nuevo papel es la cobardía: “está lejos de mí, alzar mis manos contra el rey mi señor. Sabes que es un hombre de fuerza descomunal, y soy incapaz de derrotarlo”.

La relación de la pareja aparece en tres escenas dialogadas. En la primera escena, antes de cometer adulterio, Helmequis la rechaza y Rosamunda regresa a su cámara enfurecida a planear su perdición. En una segunda escena poco después de que ellos hayan dormido juntos, Rosamunda revela su identidad. El estalla en un lamento penoso comparando su acción con un asesinato pero ella le corta con espléndida compostura: “todo se ha hecho con el mismo propósito”

El tercer y último diálogo tiene lugar ante la estancia de Alboíno. Según Agnelo, Rosamunda tardó una hora en convencer a Helmequis para que entrara y llegó incluso a amenazarle con descubrir el complot. Incluso cuando Helmequis se dirige por fin a la habitación, Agnelo le describe como *aporiatus*, desesperado, y aquí cabe preguntarse si Agnellus no está exagerando hasta el absurdo la cobardía del amante. De otro modo no se explicaría para qué una mujer como Rosamunda necesita la asistencia de este tipo de hombre.

La lección moral que Agnelo pretendía ofrecer con su relato concluye con un consejo dirigido no sin cierta sorna y desde la liberadora distancia del celibato episcopal

a los hombres casados para que se abstuvieran de importunar a sus mujeres pues del relato podían deducir las nefastas consecuencias de tal acción. La trama narrativa es esencialmente se la misma pero la finalidad del relato abandona su naturaleza épica para ofrecer un cuento con moraleja que advierte de los peligros de una mujer a la que no se da la razón.